

CARTA A ROSALES

Todo termina en poesía

LUIS ROSALES

Me dijiste Rosales
que para no sentirme un muerto,
—con sudor y temblor—
salía a la calle y miraba las ventanas
y los ojos de los que pasaban distraídos
«esperando la vida que cayera de un piso».

Y estoy otra vez, mesa en la calle
—torreón de cuatro asientos,
café-exprés y tostadas—
confiando
en aquel entreabrirse de persianas,
en diálogo de muerte y vida renovado
en «vísperas de un gozo»
o del descendimiento
con mi voz de poeta «en carne viva».
Sí. En carne y hueso, hermano español
distante y cerca.

Yo he leído en tus versos, Luis Rosales
como andas desovillando tu tristeza
en parques y recodos,
con la imagen de la aldea perdida,
pisando hierba o nieve,
recordando los años trascurridos,
los rostros bienamados,
los mundos preteridos,
los golpazos del viento en tus mejillas.

Con mi mesa en la acera,
mi estar aquí —o más allá—
tiene un acelerado movimiento,
una visión de mar adentro, con innúmeras grutas
y no me cabe sino gritar o callar, escribir siempre,
saber que estoy hundido a plena humanidad entre el gentío.

Y resumo esas muertes que vienen en letras de periódico
o esas vidas que penden de las puertas
como guirnaldas de Nochebuena presentida.

Estoy en medio, con silla de madera y lapicero negro
—pero con una mañana oculta en mi camisa—
entre un bocinar de pregoneros y de autos,
y no me queda la paz silenciosa de los pasos sobre las hojas solas,
ni el manso caminar de la melancolía,
ni ese sentir detrás de una sonrisa franca
el tic-tac triste del tiempo que se cuenta
y resbala como una pesadilla lenta y pegajosa.

Y sin embargo sé que una misma llovizna de emoción
puede unirnos al fondo de la calle.
Tú, desde la verja del parque,
empujado suavemente hacia la noche,
con la palabra exacta.
Yo ambulando de ser en ser
hasta caer alucinado sobre el asfalto duro.
De todos modos los dos sabemos
que intuimos el mundo muy de adentro.

Lima, diciembre de 1971.

AUGUSTO TAMAYO VARGAS